

cio estable, hubiera acarreado.

Momentos los hay excelentes, como ese en que media sala sube ansiosamente al escenario para depositar el voto en las imaginarias urnas. Pero, a mi modo de ver, en la medida que Tábano ha sido y es uno de los fenómenos más respetables del moderno teatro español, el trabajo plantea numerosas preguntas.

En última instancia, Tábano, como tantos de nosotros, está en la tesitura de dejar de ser un grupo festivamente antifranquista —con todas las complicidades con el público que ello supone, o suponía— para convertirse nada menos que en una expresión del teatro democrático. Es decir, en dejar de definirse por lo que satiriza para confrontar con el público lo que propone; sin renunciar, por ello, a su estilo. ■ JOSE MONLEON.

TVE

La Andalucía de "Curro Jiménez"

Si no hubiera venido en la programación inmediatamente detrás de "La saga de los Ríos", como a ocupar un hipotético espacio "Los domingos, historias de las regiones", quizá a todos se nos hubiera escapado la frustración andalucista que supone "Curro Jiménez". En ese supuesto que damos por sentado, es como si el centralismo de Prado del Rey hubiera querido primero complacer a un tendido catalán, con el brindis al sol de la contemplación de la burguesía y los Ríos, para pasar acto seguido a contentar a los andaluces, con las pasadas glorias de los bandoleros, los coletazos del orden feudal meridional y las bombas que tiran los fanfarrones. A los catalanes —puede haber pensado el centralismo de Prado del Rey que a todos nos hace rabiar— hay que contentarlos con los palcos del Liceo, con las barrabasadas de los anarquistas, con el fondo de la Semana Trágica... A los andaluces, con sus bandidos de rompe y rasga, con sus mesoneras complacientes, con sus mujeres bonitas, con sus hombres valientes. Con la andaluza-

da —todavía— de "Curro Jiménez".

Como tantas otras veces, este "Curro" es la historia de una gran oportunidad perdida para conocer el Sur. Piénsese en el texto y pretexto de las leyendas andaluzas que contó Antonio Gala en sus "Paisajes con figuras" para comprender las posibilidades que tenía de introspección en la sociedad andaluza una serie ambientada a comienzos del XIX, con un antiguo Régimen en descomposición, con las colonias de América emancipándose, con unos liberales discutiendo la Constitución en Cádiz... De todo esto hubo un fogonazo en el episodio "La gran batalla de Andalucía", emitido el 27 de marzo, episodio que tuvo el hallazgo de exponer uno de los males de la patria andaluza vigentes en nuestros días: la colonización interior. También en "La gran batalla" se habló del pueblo andaluz como precursor de las luchas españolas por la libertad, de una presencia extranjera que hasta llegar a Rota es una larga costumbre... Pero todos fueron temas malgastados, apenas esbozados. A los centralistas regidores de nuestra televisión no les interesa una Cataluña que vaya más allá de las amantes francesas de los Ríos, empolvándose

entre espejos y plantas de interior; como tampoco les interesa una Andalucía que lucha por su libertad.

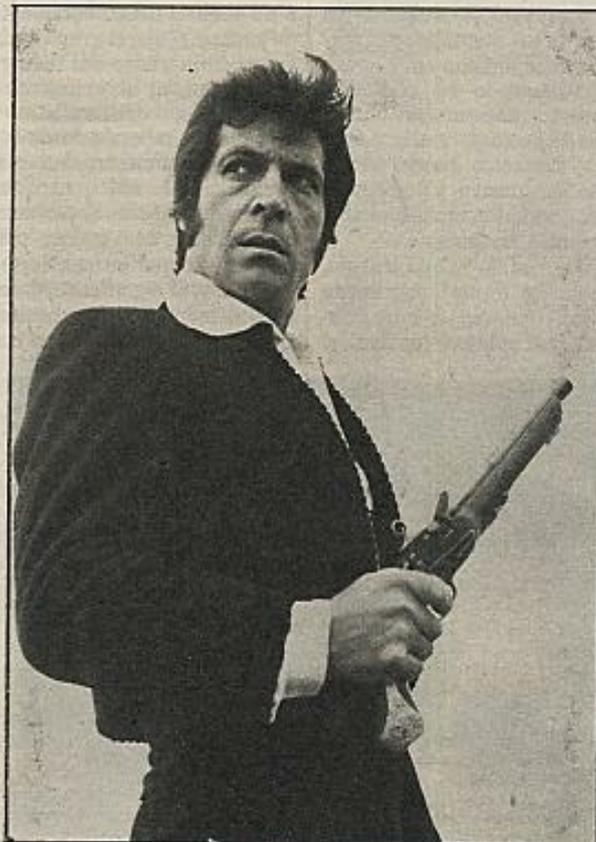
De haber sido fiel a la realidad histórica de Andalucía, Curro Jiménez hubiera sido un luchador sureño de la libertad, el hombre que ponía la justicia del monte sobre el orden del llano, algo así como Fernando Soto contra Alianza Popular o Eduardo Saborido contra el Pájila. Pero como a televisión la justicia, la libertad y Andalucía le traen sin cuidado —y ahí está la diaria cita del "Telesur" para demostrarlo—, pues en vez de un Curro Jiménez bandolero, en vez de un héroe popular del XIX, le ha salido un Sandokán a la española, como muy bien ha visto Juan Cueto. Un Curro Jiménez-Sandokán que para remate de los tomates es íntimo amigo del presidente Suárez. Apaga y vámonos.

Ya sé que no puedo hablar de un solo Curro Jiménez; indirectamente, al decir cómo un determinado episodio se ha acercado a las posibilidades rotas, he afirmado que las entregas realizadas por Antonio Drove han obviado el pastiche de los anteriores capítulos de Romero Marchent, a los que sólo le faltaban Rubén Rojo, Joselito y Paquita

Rico cantando el "Francisco alegre" para recordarnos una vez decadente cine andaluz de los cuarenta.

Pero si bien en la escritura de autor hay dos Curros Jiménez, a la hora de lamentarnos una vez más por el desprecio por el tratamiento de Andalucía, la obra se nos presenta como una unidad. Cualquiera que hubiera leído los últimos estudios sobre el bandolerismo —los de Gómez Marín, por ejemplo—, hubiera tenido en el "Curro" un magnífico pretexto para explicar cómo aquellos polvos señoriales y feudales trajeron a Andalucía estos lodos del subdesarrollo. "Curro Jiménez" quizá no hubiera podido venderse al extranjero como una serie de episodios de acción, como el Sandokán español de las caballadas y los lances de posada; pero hubiera servido a los españoles para conocer algo más de la colonización interior a que sistemáticamente ha estado sometida Andalucía. Que todavía vienen por aquí marqueses centralistas con el arca para llevarse el manso, sin que lleguen bandidos generosos a impedirlo.

Quizá sea pedir demasiado. Para hacerse ese planteamiento, hay que estar de acuerdo con el bandido generoso. Y la Andalucía del XIX lo estaba. Quien no lo está es el Madrid de Prado del Rey de 1977. ■ ANTONIO BURGOS.



Sancho Gracia en el papel de Curro Jiménez.

CINE

"Viridiana"

Se trata de una de las obras maestras más indiscutibles de Buñuel. Conectado profundamente con toda su obra, es, sin embargo, con dos películas concretas con las que mantiene una relación evidente: "Nazarín", el título inmediatamente anterior en su filmografía y "El ángel exterminador", la inmediatamente siguiente, si bien "Viridiana" ofrece, en la constante dramática de personajes encerrados en medios hostiles (sus propias obsesiones y represiones) la insólita perspectiva de casi un "final feliz": de hecho es sólo en "Viridiana" donde esos personajes logran atravesar el dintel de la represión y abarcar una posibilidad de vida nueva.